

la misericordia para mejor despojar al infeliz, y que desgarrara mas que una víbora<sup>18</sup> el alma del que la abriga? ¡La usura! ¿Y quién no la maldice, quién no la hiere con sus sátiras, quién no la abrasa con sus anatemas? ¿Y es posible que esta cortesana envejecida, cubriendo sus arrugas con asquerosos afeites y ocultando sus descarnados miembros con adornos de falso oropel, haya logrado seducir en nuestros días aun á jóvenes gallardos, ricos, ilustres, con los brazos robustos para el trabajo, y con un porvenir tan risueño como puede prometerlo esta vida falaz? ¡La usura! ¡Ah, Señores! Yo os repito con toda la energía del cristiano que habla al borde de la tumba; con toda la autoridad del sacerdote que os lo intima en nombre del cielo; con todo el zelo del hermano que no quiere, no, que por una falsa ganancia se pierdan vuestras almas: ¡jurad exterminarla! Escuchad la voz del Rey-Profeta, que os declara que solo podrá ascender al monte santo de Dios el que no ha dado su dinero á usura; *qui pecuniam suam non dedit ad usuram.*

De estos seres privilegiados es la duda la benemérita matrona que tanto lloramos. No solo no defraudó jamás al pobre ni al rico de sus legítimas ganancias; no solo no exigió jamás del necesitado un premio indebido por los favores que le prodigaba, sino que, mientras vivió lo libertó de las garras del especulador y del logrero, ni dejó que nadie lo perturbase con exacciones onerosas ni injustos vejámenes. Tal hizo sobre todo con los habitantes de esta su ciudad natal, que, aunque hacía largos años no era su residencia, continuaba siendo el objeto de su predilección. ¿Qué otro fin tuvieron esas empresas de minas, tan azarosas, tan inciertas, en que nada se podía esperar y sí eran de temerse inmensas pérdidas poco menos que seguras? El éxito lo ha demostrado, Señores, y bien lo sabeis cuantos os agrupais en torno mio. No ignorais que al proponérsele algun contrato jamás pasaba los ojos sobre las cifras que representaban los enormes gastos que debían sufragar sus arcas, ni se detenía á pesar las probabilidades del buen ó mal éxito. “¿Se violan los derechos de mis vecinos? ¿Se menoscaban las prerogativas de la Iglesia? ¿Se opone en lo mas mínimo al pobre? ¿Se ofende en modo alguno al Señor? ¡Oh! Entonces dejadlo, dejadlo, ni

48. Idem Hom. 57 in eumdem.

soñeis en esa especulacion deshonorosa, y aunque me produzca millones, los desprecio, los detesto, los abomino.” Tal era, Señores, su lenguaje y ¿quién de vosotros podrá desmentirme? Por eso la casa de Perez Galvez jamás se manchó con la torpe compra de un palmo siquiera de terreno eclesiástico; por eso los fértiles campos de sus inmensas propiedades enviaban fielmente á los Pastores de la Iglesia la décima parte de las cosechas que por beneficio de Dios anualmente rendían; por eso, conforme á la tradicion de la casa de Valenciana, una iglesia señalaba siempre sus posesiones, y su primer cuidado era dotar ministros evangélicos que predicasen la ley del Señor y los principios de eterna justicia; por eso se empeñaba con maternal anhelo en desarraigar los vicios de la muchedumbre que comía su pan, y tenía tan á pechos el establecer un banco de ahorros que asegurase un porvenir á nuestros mineros, y disminuyese esa prodigalidad que los distingue y los conduce á la miseria y al crimen.

Por el contrario; aunque las pérdidas fuesen irreparables, aunque tuviesen que agotarse los productos de sus fincas, que el triste estado de nuestra patria disminuía cada vez mas, nunca retrocedió ante una empresa que pudiera contribuir al alivio de sus semejantes. “¿Se da gloria á Dios? Se suministra al pobre trabajo? Pues adelante: no mireis las pérdidas; no reparéis en las expensas; contad sí los millares de infelices que puedo arrancar á la inopia; y gastad, gastad sin temor, vaciad mis arcas sin escrúpulo.” Sé que hay entre vosotros quien oyó estas admirables palabras, en una época no muy remota, y en que solo por caridad y desprendimiento cristiano, pudo haberse iniciado una empresa como la que ella no vaciló en acometer<sup>19</sup>.

¡Vosotros, los que acostumbrados á vivir entre estas ricas, pero falaces montañas, sabeis que una mina no es una fuente perenne de preciosos metales; que habeis palpado que en sus ingratas entrañas halla su tumba muy á menudo la ambicion y la codicia; que por larga experiencia conoceis que en cambio de una fortuna, quizá pasajera, con que alucina á algun dichoso, absorve el fruto de largos años de trabajos y sudores de cien infelices! Decid vosotros: ¿Qué se hicieron esos millares invertidos en el

49. El avio de la mina de Cata.

ARTS SPAIN 1800

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Universitaria y Teles

laborio de una mina que bien sabía la Señora los dejaría sepultados para siempre en sus profundas cavernas? ¿Cuándo devolverá la tierra lo que en tan corto tiempo devoraron sus ávidas fauces?

Lo devolverá, Señores, no lo dudeis; lo devolverá centuplicado en el día de la retribucion. A esta hora ya lo han llevado al cielo las manos de los pobres que esos tesoros socorrieron; porque lo que á los ojos del mundo pudo parecer especulacion vulgar, no fué sino limosna en la mente generosa de la cristiana señora, como lo fueron todas sus empresas desde que ella sola tuvo la administracion de sus cuantiosos bienes.

Rica desde la cuna, ¿qué negociacion no pudo emprender, qué comercio no estuvo en su mano probar, qué especulacion no le fué dado acometer? En una sobre todas se fijó su noble corazon; en aquella negociacion que experimentó la muger fuerte de la Escritura y halló que era la mas lucrativa del universo: la limosna; la limosna que no conoce limites, la limosna que sobrepuja todos los obstáculos; *gustavit et vidit quia bonæ est negotiatio ejus* <sup>20</sup>.

Cuando, conforme al consejo del Evangelio, ni su mano izquierda sabía las buenas obras que practicaba la derecha <sup>21</sup> ¿qué podré yo deciros de esas limosnas cuya cantidad y mérito son conocidos de Dios solo? Hablen por mí las lágrimas de los pobres; suplan á mis encomios los gemidos de los huérfanos; pregonen en vez mía sus alabanzas las exclaustradas vírgenes del Señor. Todos al caer de rodillas ante el ataúd que contiene sus preciosos despojos, exclaman en ese lenguaje del dolor que todos comprenden y que penetra hasta el fondo del alma: mientras ella vivió no había que temer la miseria, ni las enfermedades, ni los desmanes de la impiedad; ella nos socorria, ella era nuestra refugio, ella era nuestro amparo; mientras ella vivió no hubo quien turbara á Israel.

¿Qué podré deciros, sino uno que otro secreto arrancado al inexpugnable castillo de la cristiana humildad? Escuchad, empero, algunos rasgos que el Señor no ha permitido quedasen sepultados en el silencio de la tumba. ¡Oh! Si hubiéramos podido seguir á la piadosa matrona al apartado santuario consagrado á la Reina de los Angeles,

20. Prov. XXXI.

21. Matt. VI.

adonde se complacía á menudo en ir á dirigir sus fervientes plegarias; si hubiéramos podido contar las incesantes limosnas que, por mano del zeloso sacerdote que allí velaba día y noche al pié de los altares, distribuía á millares de necesitados que aun ignoraban la fuente de que salían los socorros; si hubiéramos podido escuchar las santas conversaciones que tenía con las hijas de San Vicente, en las frecuentes visitas á sus casas de caridad, ¿qué abundante materia no tendríamos ahora para pregonar los milagros de su beneficencia! Escuchad lo que para ejemplo nuestro quiso el Señor que traspasara el velo del secreto; escuchad y aprended.

Gran cosa es, en verdad, el dar asilo al pobre vergonzante que ni se atreve á mendigar el pan de puerta en puerta, ni tiene los medios de procurar la subsistencia de una familia numerosa cuanto desgraciada; muy meritorio es tender una mano bienhechora á la desvalida huérfana próxima á caer en el abismo sin fondo á que á veces conduce la miseria; es laudable en extremo servir de madre al expósito, de sosten al anciano, de salvador al enfermo, contribuyendo con gruesas sumas ya á la fundacion de nuevos hospitales y asilos, ya á la conservacion ó mejoras de los orfanatorios y hospicios existentes; es altamente meritorio ¿quién lo negará? Sin embargo, la caridad ejercida de este modo era de tal manera un hábito en la Señora Perez Galvez, que tenemos que buscar otros rasgos mas brillantes para presentar en todo su esplendor esa alma generosa.

¿Adónde no se introduce el demonio de la discordia, de las desavenencias, de la enemistad? ¡Gloriosos Apóstoles! No perdonó ni aun vuestro santísimo senado. ¡Viudas venerandas de la primitiva Iglesia! También á vosotros os dividieron los zelos<sup>22</sup>, y por disposicion maravillosa de la Providencia, á vuestra division se debió la ordenacion de esos siete primeros diáconos que tanto adornaron la corona de la Esposa del Cordero. También penetró hasta el recinto de tu vidual habitacion ¡oh ilustre matrona! y te amargó muchos años de tu existencia. Pero el Señor lo permitió para darte ocasion de ejercer la caridad en colosales proporciones, y de mostrar toda la bondad de tu corazon. No necesito recordarlo, Señores;

22. Act. VI.

están frescos en vuestra memoria los luctuosos acontecimientos que hundieron en la mas espantosa miseria á una familia acostumbrada desde la cuna al fasto y la opulencia, y cuyas riquezas parecerían fabulosas si no las hubieran visto nuestros ojos. Entonces Doña Francisca Perez Galvez no escuchó sino la voz de la caridad y de la sangre; entonces dió pruebas maravillosas de su exquisita prudencia socorriendo á sus cercanos parientes sin herir susceptibilidades; entonces demostró con los hechos lo que sus labios habían repetido mil veces: que jamás había abrigado su pecho el mas leve resentimiento.

Es antigua la guerra á muerte que ha hecho siempre el Infierno á los sacerdotes del Altísimo. Sin embargo, el clero no puede menos que ganar, bajo el punto de vista espiritual, de esa persecucion abierta y cruel que solo sirve de acrisolar mas y mas su piedad y virtudes apostólicas. Pero hay otra guerra verdaderamente satánica, que se dirige á matar el alma en vez del cuerpo, á introducir el vicio entre los escogidos del Señor, y á impedir el que la virtud, y la ciencia, y el espíritu evangélico echen raíces entre el sacerdocio católico. Es harto conocida esta táctica de la Impiedad, pero no por eso es menos temible ni ha menester de menores esfuerzos para contrarestarla. San Vicente de Paul y el venerable fundador de la Congregacion de San Sulpicio ¡cuánto no hicieron para conseguir este noble objeto en su patria, y cuán feliz no fué el éxito de su sagrada empresa! Los hijos del primero vinieron á nuestra México á llevar á cabo el fin santísimo de su instituto, y para nadie es un misterio la parte principal que tomó en su establecimiento la Señora Perez Galvez, y la decidida proteccion que les concedió hasta su muerte.

Este es, empero, el menor beneficio de que le es deudor el sacerdocio católico. El santo Pontífice que hoy ocupa el trono de San Pedro visitó, como sabeis, en su juventud, varias repúblicas de nuestra América española y ha tomado siempre el mayor interés en nuestros destinos, siendo su constante deseo el que nuestro clero se mantenga á la altura que corresponde á los ministros de Jesucristo. Nadie mejor que Pio IX conoce los males que nos aquejan y la imposibilidad de que se conserven en países tan agitados por las discordias civiles, establecimientos eclesiásticos en que florezcan á la vez la ciencia

y la virtud, la piedad y las letras. Por eso concibió su grande alma el proyecto de llamar á su lado una selecta falange de jóvenes latino-americanos, que á la sombra del Vaticano bebiesen en sus fuentes las ciencias sagradas, y tornasen á esparcir en sus respectivas patrias el suave olor de las virtudes evangélicas. Se echaron sin tardanza los cimientos del grandioso proyecto; acudieron presurosos los hijos del Perú y de Colombia, de las márgenes del Plata y de las orillas del Marañon, ni faltó tampoco quien se les reuniese de nuestra patria. Opimos fueron los frutos del tierno pero bien augurado plantel; ya se gozaba al verlo tan floreciente y lozano el Supremo Pastor á quien debia su existencia, cuando ¡ay! un inesperado huracán doblégó hasta el suelo sus delgadas ramas, y amenazaba arrancar de cuajo el indefenso arbolillo.

La pobreza, Señores, la carencia absoluta de los mas indispensables recursos estuvo á punto de destruir en su infancia un colegio que prometía tantos bienes á este continente. En vano se esperaban con ansia las naves de la América del Sur con los subsidios tiempo había prometidos. En vano Pio IX quiso hacer un esfuerzo supremo abriendo sus arcas á sus queridos hijos del Nuevo mundo. ¡Estaba exhausto su tesoro; la sacrilega invasion de sus Estados le había arrebatado sus rentas; Pio IX era pobre, Pio IX era mendigo!

En tan grave conflicto, cae inesperadamente, cual súbita lluvia, una gruesa suma de plata mexicana, que hace reflorar el campo agostado y renueva las esperanzas de una rica cosecha. La enviaba la nacion mas afligida entre las jóvenes repúblicas de América; la enviaba nuestra México, en la época en que los bienes de la Iglesia habían perecido y las fortunas particulares estaban al borde del precipicio; la enviaba una muger, una viuda, una hija de nuestra Guanajuato; la enviaba Doña Francisca de Paula Perez Galvez.

Sin duda que la Providencia pudo haber hecho subsistir aun sin ella un establecimiento en que la gloria de Dios y el bien de los católicos americanos están altamente interesados; pero no es menos cierto que de ella quiso servirse el Señor para hacer tan señalado beneficio al clero de toda la América española. ¡Oh! Bien podemos, sin temor de profanar las sentencias del Espíritu Santo, bien podemos saludarla desde esta cátedra de la

verdad con las palabras que el Sumo Sacerdote dirigió á la salvadora de Betulia; bien podemos decirle sin vacilar: tú eres la gloria de la Jerusalem cristiana; tú eres la alegría del Israel del Nuevo Testamento; tú eres el honor de este nuestro pueblo en que viste la luz primera y á quien has servido de madre. Cuando, en el trascurso de algunos años, los retoños de ese árbol que su generosidad salvó de inminente ruina hayan á su vez producido otras plantas y multiplicándose en el fértil terreno del Nuevo Mundo; cuando los jóvenes que merced á ella pudieron beber hasta saciarse el agua purísima de la ciencia y de la virtud, comuniquen á su vez á sus compatriotas lo que ellos gratuitamente recibieron, ¡qué coro de levitas, y sacerdotes, y pontífices, podrá unirse á nuestra débil voz, y exclamar con nosotros al recordar sus beneficios: *tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri*<sup>23</sup>.

Ya desde ahora resuenan en su alabanza, aunque entrecortados por profundos sollozos, los cánticos de gracias de las vírgenes del Señor. ¿Sabéis, cristianos, lo que es una virgen consagrada á Dios desde sus tiernos años, mirada con los ojos de la fé, de la religion, de la naturaleza? El corazon os lo dice, el corazon os lo dice y no haré mas que apelar á vuestros sentimientos. ¿No recuerdas, ¡oh madre de familia! cuando tu hijo se hallaba separado de tí por inmensa distancia, expuesto á los peligros de la guerra, del hambre, de la seducción, no recuerdas el consuelo que entonces inundaba tu alma al escuchar á media noche la esquila del vecino monasterio, que te decía con voz melodiosa: “no temas ¡oh madre!, si otras velan y lo buscan para su ruina, nosotras velamos para su salvacion y rogamos por él”? ¿No recuerdas ¡oh jóven! cuando postrado sobre el lecho del dolor, ó cuando luchando cuerpo á cuerpo con las enrespadas olas del mar tempestuoso, tras larga noche de angustia veías despuntar los primeros rayos de la suspirada aurora, no recuerdas cómo se calmaban tus penas al retratarse en tu memoria las murallas del convento contiguo á la casa de tus padres, y exclamabas suspirando: “ya están las castas vírgenes al pié del altar: ¡oh! no hay que temer; ellas ruegan por mí”?

¿Cuántas veces al recorrer las crestas de las montañas

23. Judith XV.

que coronan á nuestra ciudad, ha podido exclamar el cristiano observador mirando á nuestros suntuosos edificios!: ¿Porqué entre tantos templos y palacios fabricados á gran costo y con incalculable trabajo sobre la viva pena, no se divisan los muros de algun monasterio de religiosas? ¿Porqué esta ciudad tan piadosa no ha construido un asilo para sus vírgenes, un lugar de retiro para sus viudas?... ¡Señores! Ha llegado el tiempo en que hemos podido repetir, aunque en diverso sentido, las palabras de Isaías<sup>24</sup>: *Lauda, sterilis quæ non parit*. Regocíjate, ¡oh ciudad de nuestro nacimiento! regocíjate en tu esterilidad; da gracias al cielo porque no ha permitido que abrigues en tu seno á las castas esposas del Cordero sin mancha, y así te ha ahorrado el dolor de verlas arrancadas á viva fuerza de la sagrada mansion que debía ser el lugar de su descanso sobre la tierra. Quien no lo ha presenciado no puede imaginarse esa escena terrible de llanto, de duelo, de profunda desolacion. ¡Vírgenes del Señor! Dos veces os han visto ya las ciudades de mi patria abandonar llorosas vuestro nido sagrado, cual palomas perseguidas por implacable halcon; ni el dolor de la viuda que acaba de ver á su esposo traspasado por puñales asesinos, ni la pena de la madre á quien arrebatan sus hijos, pudo igualar la que desgarró vuestro corazon en tan aciagos momentos. Vosotras perdíais á la vez vuestro esposo, vuestras hermanas, vuestro asilo, vuestras esperanzas, vuestro reposo, muchas ¡ay! aun el pan cotidiano, y os veíais lanzadas en el mar desconocido del mundo á la merced del que os quisiera tender la mano en medio de las olas que os cercaban. ¡Vírgenes del Señor, decidlo vosotras! ¿Llamasteis alguna vez en balde á la puerta de la matrona cuya muerte lloramos? ¿Clamasteis alguna vez cerca de ella sin ser socorridas? ¿No previno vuestras necesidades? ¿No os brindó con asilo seguro? ¿No lloró con vosotras y os consoló cual tierna madre por vuestras irreparables pérdidas?

¡Ah Señores! La Providencia sin duda reservó á la Señora Perez Galvez hasta esos días amargos, para ser uno de sus mas benéficos instrumentos. Ella los presintió; ella los vió venir; ella pudo haberlos evitado, con oportuna fuga; pero aunque rogada mil y mil veces, rehusó cons-

24. Isai. LIV.

tantemente abandonarnos en la hora de la tempestad. Nada valían para ella las riquezas que la rodeaban: su sencillo trage y modestos atavíos nos recordaban los de Paula y Marcela que nos describe San Gerónimo, y no había á su lado otras señales de su grandeza, sino las numerosas huérfanas que la acompañaban á su frugal mesa, y que eran tratadas como hijas. Manos incuas desmembraron de sus tierras vastos y fértiles campos, suficientes por sí solos á constituir una rica herencia. Con la mayor sangre fría presencié esta segregacion, exclamando resignada, cual Job <sup>25</sup>: “El Señor me lo dió; el Señor me lo quitó: sea siempre bendito su santo nombre, no por eso arderán menos antorchas en sus altares, ni resonarán menos himnos bajo las bóvedas de sus templos”.

Y lo cumplió, Señores: este santuario puede dar testimonio de su largueza, y testigos de su infatigable zelo y nunca desmentida piedad son en la Capital de la República las iglesias de Santa Clara y de los Angeles, la Basílica de Guadalupe, el Oratorio de las Hijas de la Caridad, y esa hermosa capilla de que hoy no quedan ni rastros, y que, consagrada en un tiempo al Espíritu Santo, experimentó quizá cuál ninguna su piadosa munificencia.

Ya no me preguntéis, Señores, cuáles fueron sus buenas obras: interrogadme mas bien adónde no alcanzaron sus limosnas, adónde no llegaron sus generosas dádivas. Bien pudo decir como Job <sup>26</sup> sin temor de que una sola voz osara desmentirla: “La compasion ha crecido conmigo desde mi infancia, y salió conmigo del seno de mi madre. Si he comido sola mi pan y el huérfano no lo partió conmigo; si he negado á los pobres lo que querían, y si he hecho esperar en balde á la viuda; si me he descuidado de socorrer al desnudo y no lo he calentado con los vellones de mis ovejas, séquese mi inútil mano y pierda el movimiento mi brazo. Si he creído que en el oro consistía mi poder y he puesto mi alegría en mis riquezas; si me he complacido en la ruina del que me aborrecía ó me ha intimidado la gran multitud de los malvados estorbándome de obrar bien y hacer justicia; si mi tierra clama contra mí y sus sulcos se lamentan con ella, nazcanme abrojos en vez de trigo y espinas en lugar de cebada.”

25. Job I.  
26. Job XXXI.

No es dado al hombre penetrar en el santuario de la conciencia, ni investigar los arcanos decretos del Dios de justicia. Pero si recordamos que la ilustre difunta, particularmente en sus últimos años, no pensaba mas que en la muerte y recordaba á cuantos la veían que el sepulcro era ya su único porvenir; si abrimos en seguida las sagradas páginas y leemos que el pensamiento constante de la muerte es la garantía mas segura contra el pecado <sup>27</sup>, si repasamos las palabras de Daniel con que, en nombre del Cielo, exhorta á Nabucodonosor á redimir con limosnas sus enormes pecados <sup>28</sup>, y escuchamos á Tobías declararnos que la caridad liberta de toda culpa <sup>29</sup>, no podremos menos que exclamar, cual San Gerónimo escribía de Paula y de Pamaquio <sup>30</sup>: El camello ha pasado por el ojo de la aguja; la rica señora que acaba de terminar su viage terreno, ha pasado por el camino estrecho que conduce á la vida, ha rescatado su alma con sus propias riquezas <sup>31</sup>.

Ya voló al cielo esa alma bendita; ya voló á recibir el premio de sus virtudes despues de setenta y cinco años de prueba. Pero ¿no habrá sido detenida en su ardua carrera? Al mirarse en el límpido espejo de la eterna justicia ¿no habrá descubierto alguna mancha, siquier ligera, en su vestido nupcial, que la haya hecho avergonzarse de entrar sin lavarla á las bodas del Cordero inmaculado? ¡Ah, cristianos! Ni la luna, ni las estrellas, ni aun los cielos mismos están límpidos en la presencia de Dios <sup>32</sup>, y hay justos que para ser salvos tienen que pasar por el fuego purificador <sup>33</sup>. Oremos, oremos por ella: grande es la deuda que tenemos que pagar. Mientras ella vivió no hubo quien turbara á Israel; justo es que despues de su muerte la muchedumbre del pueblo por ella protegido acuda en tropel á los templos del Dios vivo á limar con oraciones, y lágrimas, y ruegos, las cadenas que quizás le impiden todavía entrar á la plena posesion de su Creador. Depongamos sobre su tumba, os diré con San Efrén, no coronas

27. Eccli. VII.  
28. Dan. IV.  
29. Tob. IV.  
30. In Isaiam Proph. I. XVII, c. 60.  
31. Prov. XIII.  
32. Job XV & XXV.  
33. I Cor. III.

de siemprevivas ni guirnaldas de ciprés; no adelfas ni deshojadas flores; ofrezcámosle, sí, las violetas de nuestras ple-garias, las rosas del incruento sacrificio, las amapolas de nuestro fúnebre llanto.

—¿Y no tendrá consuelo nuestra amargura? Perecieron ¡oh pobres de Cristo! perecieron vuestras esperanzas al emigrar de este mundo vuestra generosa bienhechora? ¿No tendreis ya quien acometa empresas arriesgadas solo por suministraros pan y trabajo? ¿No hallarán ya abierta la vejez, la orfandad, la miseria, esa puerta que jamás se cerró para ellos durante su vida?

—¡Oh, no lo temais! *Charitas nunquam excidit*<sup>34</sup>: la caridad cristiana no es como esas naves que sulcan los mares sin dejar en pos de sí la menor huella. La vida del justo, es cierto, semeja á la flor del campo<sup>35</sup> que se abre al despuntar la aurora y se marçita antes que el sol haya declinado; pero el suave olor que ha esparcido persevera aun despues de caidas sus hojas, y su preciosa semilla produce otras flores que vienen á sucederla. Las hazañas de Judit hicieron que no solo durante su vida, sino aun muchos años despues<sup>36</sup>, no hubiera quien turbara á Israel: otro tanto harán en el Israel de la ley de Gracia las virtudes de nuestra ilustre conciudadana.

No creais que la sorprendiera la muerte, cuando hacia tiempo que la veía venir sin espanto desde la atalaya de la vigilancia cristiana. Rápida fué la dolencia que cortó el hilo de sus días: caer postrada en el lecho del dolor; purificar su alma y alimentarla con el Pan de los fuertes; recibir la unción sagrada y las postreras bendiciones de la Iglesia, y volar al seno del Creador: todo fué un acto no interrumpido. A quien está preparado para el tremendo trance; á quien aguarda al Esposo con la lámpara siempre encendida, se complace el Dios de las bondades en ahorrar las angustias de una larga agonía. Así acaeció con la Señora Perez Galvez; todo lo tenía dispuesto para su final partida, y tiempo había que se hallaba escrita en caracteres indelebiles su última voluntad; monumento en verdad mas duradero que el bronce, que sobrevivirá á la ruina del mundo y brillará por toda la eternidad. En virtud de

34. 1 Cor. XIII.

35. Ps. CII.

36. Judith XVI, 50.

ella presto vereis coronar la cima de nuestros argentíferos montes dos nuevos edificios, construidos con la plata que de ellos extrae la infatigable constancia del minero: en el uno irán á recobrar la salud los operarios enfermos; en el otro hallarán un asilo seguro los ancianos desvalidos y los huérfanos menesterosos. Los que se sentaban á su mesa y se albergaban bajo su techo llorarán, sí, la falta irreparable de la que era para ellos su bienhechora, su madre; su todo; pero el espectro descarnado de la miseria no pisará el dintel de su morada: gran parte de las riquezas de la generosa difunta está consagrada á asegurarles á todos rentas vitalicias. En fin, Señores, no crece el árbol en un día ni se produce la espiga sin que el grano de trigo haya sido sepultado<sup>37</sup> en la tierra: ya vereis, si el Señor os prolonga la vida, el árbol frondoso de cristiana beneficencia que hará sombra al nuevo sepulcro.

¡Ricos de la tierra! Aprended de la Señora Doña Francisca de Paula Perez Galvez á hacer de vuestros tesoros el uso para que el Señor se ha dignado prestaroslos. Aprended á colocarlos con tiempo en ese lugar seguro adonde el ladron no puede acercarse, ni se ceba la oruga destructora<sup>38</sup>. Recordad que el Señor es el padre de los huérfanos y el protector de las viudas<sup>39</sup>, y que si os servís de las riquezas para oprimir al desvalido y fomentar el vicio, Él os las arrebatará de las manos y las restituirá á los pobres á quienes pertenecen. ¡Pobres de Cristo! Ante esa tumba yace despedazada la irrisoria estatua de esa mentida igualdad que os predicán envidiosos impostores. ¿Qué sería de vosotros, plantas tiernecillas, qué sería de vosotros si no tuvieseis la fuerte muralla del poderoso que os abrigue del vendabal? No mireis de reojo al que posee mas que vosotros; antes bien recordad que el rico y el pobre se encontrarán y se necesitarán mutuamente, porque á entrambos los ha creado el Señor<sup>40</sup>. ¡Tiernas doncellas, que suspirais por brillar en la sociedad y os regocijais en vuestras prendas! ¡Ah! No olvideis que es falaz vuestra gracia y que la her-

37. Joan. XII.

38. Luc. XII.

39. Ps. LXVIII.

40. Prov. XXII.

mosura terrenal es vana y pasagera; si quereis ser alabadas y bendecidas, sed piadosas y timoratas como lo fué nuestra conciudadana, y hareis resonar el mundo con vuestros loores, porque la muger que teme al Señor es quien será alabada 41. ;Herederos de la influencia y riquezas de la opulenta casa de Perez Galvez! Recordad las tremendas obligaciones que os impone vuestra nueva grandeza; respetad los últimos deseos de la que al legaros sus bienes ha querido tambien legaros sus virtudes; interpretad con fidelidad sus generosas intenciones; haced que en verdad pueda decirse de la ilustre matrona á quien tanto debemos todos, y en especial vosotros: mientras ella vivió y muchos años despues de su muerte, no hubo quien turbara á Israel.

41. Prov. XXXI.



ARTS Split Pro

00288

1777  
1778  
1779  
1780



ARTS Split Pro

